

Amor, traición, obsesión, secretos familiares, locura

A woman with light brown hair and green eyes is looking directly at the camera. Her hands are raised to her face, with her fingers spread, framing her eyes and nose. She is wearing a light blue denim shirt and a black watch on her left wrist. The background is a soft, out-of-focus light blue.

ANTES DE CONOCERTE

PABLO DEL PALACIO

 Planeta

Pablo del Palacio



Antes de conocerte

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Extracto de la letra de la canción *Volver* de las páginas 322 y 323
Autores: © Alfredo Le Pera, Carlos Gardel

Extracto de la letra de la canción *It must have been love* (Per Gessle) de la página 343
© 1992 Jimmy Fun Music. *All rights reserved. International Copyright secured*

© Pablo del Palacio, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2016
Depósito legal: B. 17.627-2016
ISBN: 978-84-08-15974-2
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Lucas

Nunca olvidará el veinticuatro cumpleaños de su exnovia Patricia porque fue el día que descubrió que la que realmente le gustaba no era ella, sino su amiga Tadea. Aquel viernes 3 de septiembre, su impresionante novia había invitado a un montón de gente a la fiesta que dio en la enorme casa de su padre, acaudalado notario.

Lucas y Patricia se habían conocido en la universidad cuatro años antes, cuando él tenía veintidós y ella acababa de cumplir veinte. El día que llegó aquella nueva morenaza a la Facultad de Derecho no se habló de otra cosa que de su endiablado cuerpo y, algún romántico, su cara. Parecía que la chica se había perdido yendo a un *casting* de Victoria's Secret y que había acabado allí por error. Lucas tuvo que emplearse a fondo para lograr un par de besillos en el campus, poco más, la diosa no era nada fácil. Luego terminó la carrera y se olvidó de ella. Más de tres años después, el destino quiso que se reencontraran y Patricia demostró lo enfadada que estaba con él por haber desaparecido de su vida. De aquello hacía poco más de ocho meses, durante los cuales compartieron casi todo lo que no les dio tiempo en la etapa académica. Ella luchó por introducirse en la vida de su amado, por conocer todo lo que le rodeaba y formar parte de su mundo; pero él, más prudente y menos ansioso, aún no tenía tanto contacto con su entorno. O quizá fuese que Lucas acabó perdiendo el interés por Patricia. Lo intentó, lo buscó, quiso conocerla y

enamorarse de ella, pero no lo consiguió. Patricia podía resultar objetivamente perfecta: guapa, lista, buena, educada, elegante... Pero cuanto más la conocía Lucas, menos le atraía. Sorprendentemente, detrás de la fachada de morenaza espectacular se encontraba la chica más insegura del mundo. Tanto que esa circunstancia determinaba todo su carácter y eclipsaba sus demás virtudes (excepto su belleza, imposible de eclipsar). Si le hubiesen preguntado si Patricia era lista o tonta, buena o mala, hubiera contestado guapa e insegura. No era fácil definirla, pero esa chica emanaba melancolía por cada poro de su resplandeciente piel. Solía parecer desolada, abatida, triste. Ella era consciente de lo que proyectaba e intentaba corregirlo, ocultarlo, sonreír. Pero su sonrisa era todavía más amarga que su no sonrisa, y de tanto forzarla se había ido convirtiendo en una mueca a través de la cual exhalaba su frustración.

Lucas era exactamente todo lo contrario y, aunque alguna vez tuvo la esperanza de hacerla feliz, pronto tiró la toalla. Más allá de su físico, para él, no tenía mucho que ofrecer. Sin embargo, su belleza era tanta que era suficiente para pasar tranquilamente los días a su lado. Aunque la tranquilidad suele acabar resultando tediosa, sobre todo para un joven ambicioso como él. Pero, por encima de la inseguridad, lo que más le sorprendía a Lucas era que Patricia siempre quería estar a su lado, sufriendo por no sentirse a la altura y tragando saliva cada vez que evidenciaba que nunca le tendría, que nunca le tuvo. ¿Por qué? ¿Por qué empeñarse en estar con él si no habían sido diseñados para estar juntos, si no era feliz? Ya ni siquiera discutían, porque Patricia no se atrevía a exigirle nada, atenazada por el miedo a perderle. Y cuanto más se desilusionaba él, más le necesitaba ella, que parecía sentir todo lo que Lucas no sentía.

—Qué bien lo hemos pasado, ¿eh? —le decía ella sonriendo al salir de un restaurante o al despedirse en el coche.

Lucas sentía entonces que se asfixiaba. Contemplaba la sonrisa desesperada de su novia, que sólo imploraba una res-

puesta afirmativa suya, unas palabras que significasen que todo iba bien, que eran felices, que podía estar tranquila. Pero daba igual lo que Lucas respondiese, porque desgraciadamente Patricia sabía que no lo habían pasado bien, que todo iba mal, que no eran felices y que no podía estar tranquila.

Una tarde estaban tirados viendo una película y cuando Lucas estaba a punto de quedarse dormido, ella soltó de pronto:

—¿Me quieres?

Lucas abrió los ojos y descubrió que los de Patricia estaban conteniendo las lágrimas.

—Claro, Pat. ¿Cómo podría no quererte?

Y él también sintió ganas de llorar. ¿Qué hacer? ¿Cómo apartar de tu vida a la chica más guapa del mundo cuando todo lo que pide es contemplarte mientras se le cae la baba? Es complicado, cuesta. Pero sabía que no estaba más que demorando lo que algún día tendría que acabar, y cuanto más tarde, peor. Peor para Patricia, que no se lo merecía. Y cuando Lucas se fumaba un cigarrillo en la cama antes de dormir, soñaba con vivir, con vivir de verdad, y apenas podía seguir tumbado de las ganas que tenía de armarse de valor y romper con todo. Pero al día siguiente los ojos de Patricia le suplicaban seguir mirándole toda la vida, y Lucas no encontraba una razón para impedirselo.

Aquella fiesta de cumpleaños de Patricia era también una excusa para que su novio conociese a sus amigas del colegio, aquellas con las que todavía no había tenido el placer de coincidir. Fue ella misma quien le presentó a Tadea:

—¡Mira, por fin conoces a Lucas!

No fue amor a primera vista, pero sí a primera mirada. Iban a darse los dos besos de rigor pero se giraron al mismo lado y se besaron fugazmente sin querer en la boca. Bueno, quizá Lucas en el fondo quería, pero no lo hizo del todo apos-

ta. En cualquier caso le pareció maravilloso, y ambos rieron hasta que vieron que a Patricia no le hacía tantísima gracia. Así que dejaron de besarse y de reír, intentaron ponerse serios, intercambiaron las tres frases de cortesía y en cuanto Tadea se dio la vuelta, Lucas ya la echaba de menos.

—Es una monada de niña —comentó Patricia.

A Lucas esa definición le pareció profundamente estúpida. No, Tadea no era una monada de niña. Tadea tenía una mirada hipnótica, una sonrisa contagiosa, una piel irresistible. Era la típica chica que no necesita ser muy guapa para ser pura atracción, pero que encima es muy guapa. Y que probablemente no se lo crea, y que por no creérselo es más adorable, lo que la hace aún más atractiva. La típica chica que sólo te cruzas una vez en la vida y que sabes que estando a su lado jamás sentirás que pierdes el tiempo.

—¿Qué decías, Pat? —preguntó sorbiendo su copa al recordar que su novia seguía a su lado.

—Tadea, que es una monada —insistió ella.

—No sé qué es eso de una monada, pero besa muy bien.

—¡Ay, no me tomes el pelo, bobo! —respondió Patricia, ligeramente asustada.

¿Qué hacía Lucas saliendo con esa chica con la que no sabía comunicarse fuera de la cama? Quizá la pregunta encerraba la respuesta. Pero el hecho es que Patricia se creía que Lucas le tomaba el pelo cuando le hablaba en serio y, sin embargo, nunca entendía sus bromas. Por eso él no solía disimular con ella, porque no le entendía, porque no merecía la pena elaborar excusas. En ese momento sólo le importaba que aquella chica cuya melena castaña ocultaba su cara volviese a dirigirle la palabra. Lo peligroso era que había en ella algo más que belleza. Algo lo suficientemente interesante como para que aquella fiesta le pareciese de pronto tremendamente interesante.

Anduvo todo el rato de un lado a otro persiguiéndola, tratando de provocar un encuentro casual, de llamar su atención, pero el tiempo pasaba y ella pasaba de él. Fue un cuarto

de hora interminable, y cuando estaba sirviéndose otro *whisky* para armarse de valor...

—¡Qué tal, Lucas! ¿Me acercas la tónica?

Reconoció su voz antes siquiera de verla, tanto le había impactado. Le acercó el refresco con su mejor sonrisa (que pudo ser una pánfila risita) pensando qué podía decirle para retenerla, pero de nuevo Tadea se le adelantó:

—Me alegro de comprobar que existes.

—¿En serio? Yo también me alegro de que existas —respondió Lucas, más nervioso de lo que había previsto.

Ella se rio, él más, sin saber bien de qué.

—Quería decir que Pati no para de hablar de ti y que por fin te conozco. Pensaba que se lo había inventado, que no existía el tal Lucas —explicó.

—Oh, claro..., te referías a eso. Yo también me alegro de existir.

—Ya... ¿Y a qué te referías tú? —inquirió ella intrigada.

—Pues... que a mí me pasaba lo mismo: ella siempre me hablaba de Tadea y tampoco te había visto nunca. Ya empezaba a preocuparme por ti.

—Uy, tienes imaginación, ¡pero mientes fatal!

—¡Es verdad, en serio! —protestó Lucas fingiendo seriedad.

—Imposible, porque nunca me llama Tadea. A ver, ¿cómo me llama siempre?

Le había pillado por completo y decidió sincerarse:

—Tadea, he de confesarte algo: miento fatal. Tendré que practicar más.

Ella se sinceró con otra sonrisa más.

—Mentir fatal es muy bonito, no practiques más. Aunque debes de ser un abogado malísimo.

Él sonrió, le hizo ilusión que supiese su profesión, aunque era lógico: Patricia le había conocido en la Facultad de Derecho.

—No creas, no hace falta mentir para ser buen abogado. Se trata de convencer. Y para convencer tienes que estar convencido. Si te basas en algo que no te crees ni tú, seguramente no convanzas a nadie —habló con autoridad, como un ca-

tadrático de veintiséis años, aunque al segundo no recordaba con exactitud el argumento ni su validez.

Ella pensó un momento y respondió contrariada:

—Pues me temo que en mi profesión casi nadie se cree lo que dice.

—Tranquila, en la mía tampoco. —Arrancó otra carcajada más en Tadea y eso le dio confianza—. ¿Cuál es la tuya?

—Acabo de terminar Periodismo. Y tengo la sensación de que me va a asquear mucho este mundo. Creo que casi nadie dice lo que piensa y empiezo a pensar que es porque casi nadie puede decir lo que piensa. ¿No te parece horrible?

A Lucas nada le parecía horrible estando a su lado. Sobre todo porque sentía que a ella le pasaba lo mismo, que si sólo dependiera de ellos nunca hubiera terminado aquella charla, ni aquella fiesta, ni aquella noche de septiembre. Pero acabó interrumpiéndoles la chica con la que en pocas horas Lucas se iría a dormir, Patricia, por la que ya no sentía casi ni la atracción física que les había mantenido unidos hasta entonces. Lo había pasado mejor con Tadea ese rato que con Patricia en meses. Esta última soltó alguna tontería y consiguió que Tadea se fuese a deleitar con su presencia a cualquier otra persona.

Volvieron a coincidir varias veces, porque se buscaban, y en todas se partieron de risa, exageradamente. Habían encontrado en el otro a alguien que hablaba su mismo idioma. Y no parecía consecuencia del alcohol, porque al menos Lucas no estaba tan borracho. Únicamente se separaban cuando no había más excusas para seguir riendo juntos. Él sabía que ella tonteaba, que le gustaba, lo sentía en cada célula de su cuerpo. Y no era sólo coquetería. De hecho, se fue en el último coche, apurando todo lo que pudo. Al despedirse, Lucas le rogó que le llamase corriendo si algún día tenía un problema con Hacienda.

—¡Si lo tengo, te prometo que te llamo!

—¡Pues ojalá lo tengas, Tadea!

No supo si lo dijo aposta o se le escapó, pero sonó como otra broma más. En realidad lo era: no podía esperar tanto

tiempo para que le llamase. Y aunque Lucas detestaba resolver dudas tributarias a sus amigos (siempre daban por hecho que no le suponía esfuerzo, ¡y una mierda!), lo cierto es que por ella hubiera cometido cualquier delito fiscal.

Se quedó recogiendo la casa con Patricia. La miró rebañando colillas empapadas de un asqueroso cenicero para tirarlas al cubo de basura y se estremeció. No sabía si era remordimiento o solamente pena.

—Pat, vete a la cama, ya me ocupo yo.

—¿Ahora que no queda nada? Podías habérmelo dicho hace una hora...

Necesitaba a Patricia para volver a ver a Tadea.

Ya en la cama, la curiosidad fue más fuerte que él:

—Oye..., ¿cómo sueles llamar a Tadea? Quiero decir, ¿no tiene un diminutivo, un mote o algo así?

—Soto. Se apellida así. —Ambos guardaron silencio, a él no le interesaba hablar de nada más—. ¿Te gusta o qué? Habéis estado toda la noche juntos.

—Patricia, deja de decir tonterías y duérmete. ¡Encima de que hago caso a tus amigas!

—¿Dormirme? Ni lo sueñes...

—Eres una cochina, Pat.

—Eres tú el que me ha enseñado a serlo —respondió buceando bajo el edredón.

Una tremenda media hora después, cuando se aseguró de que estaba dormida, cogió el móvil de su novia y apuntó en el suyo el número de Tadea Soto. Siempre supo que Patricia no era la mujer de su vida. De hecho, acababa de conocer a la mujer de su vida: Tadea Soto.

Tadea

¡Cuántas veces había compartido con Patricia confidencias sobre chicos! Pero claro, la cosa ahora era bien distinta: se trataba de *su* chico. Llevaba tiempo harta de tíos que le gustaban y

no le convenían y de tíos que le convenían y no le gustaban. Pero Lucas... ¿en qué grupo encajaba? Sólo tenía una pega, pero una pega inmensa: Patricia. Hubiera apostado que Lucas estuvo toda la noche tirándole los trastos. Lo había notado, había sido muy evidente, y, si no fuese precisamente porque estaba saliendo con Patricia, no tendría la menor duda. Por eso no se lo acababa de creer, porque, claro, ningún chico que estuviese saliendo con Patricia podría fijarse en ella. Más que nada, porque las enormes tetas de su amiga la eclipsaban, literalmente. Así había sido siempre, hasta el punto de que salir con ella a tomar una copa acababa resultando frustrante: cualquiera que se acercara a Tadea lo hacía siempre con la misma intención: acercarse a su amiga Patricia. Sin embargo..., aquella risita nerviosa, aquellas ganas de coincidir con ella, aquella mirada tan intensa... ¡No podía significar otra cosa! De todos modos, ¿por qué pensar en esto? Patricia adoraba a Lucas como no había adorado a nadie en su vida, era un intocable, así que no importaba en absoluto lo que hubiese pasado en aquella fiesta. Además, durante aquellos días Tadea estaba siendo insistentemente cortejada vía WhatsApp por Jaime, un chico de esos que le convenían y aún no sabía si le gustaba. Era aparentemente estupendo, le había conocido hacía unos días bailando *Paquito el Chocolatero* en las fiestas de Mojácar, un pueblecito al norte de Almería. Aún no había pasado nada serio con él, pero tampoco encontraba motivos para seguir rechazando esa cena en Don Giovanni.

«¡Al parecer es un italiano carísimo! Pero... qué pena que Lucas sea el novio de Patricia. Y qué pena que sea tan guapo, tan simpático, tan listo, tan divertido... Qué suerte tienes, Pati.»

Lucas

Pasó los días pensando qué hacer, cómo actuar. No acababa de decidirse ante la variedad de caminos que se le presentaban. Se encontraba de pronto en el trabajo estudiando un

recurso sonriendo, porque en realidad estaba mirando la pantalla del móvil y Tadea se había conectado al WhatsApp. ¡Qué maravilla que ella también tuviese esa nueva aplicación! Lucas aún no era consciente de la revolución que supondría en su propia vida, en su forma de comunicarse, pero WhatsApp para él ya era una espléndida ventanita mágica por la que asomarse a la intimidad de su amada. En ese momento le sonó su teléfono: era Patricia.

—Pat, mi vida, ahora no puedo hablar, estoy hasta arriba de curro.

—¡Pero si llevas media hora conectado al WhatsApp!

—¿Quieres dejar de espiarme, amor? Luego te llamo.
—Colgó.

Tadea seguía conectada... ¿A quién escribiría? Ni siquiera sabía si tenía novio, la escasa información que veía en Facebook no se lo aclaraba, por más que husmeaba en su parco perfil entre sentencia y sentencia del Tribunal Supremo.

Una tarde, al salir del trabajo, tomó una decisión: le escribiría. Era una idea magnífica, sólo tenía que decidir qué ponerle. Lo único que se le ocurrió fue: «Te quiero. Soy Lucas, el novio de tu amiga Patricia», y era muy bonito, pero se le antojaba poco misterioso. Decidió pedir ayuda, necesitaba alguien en quien pudiera confiar.

—Pero ¿tú no tienes novia? ¿Por qué no la dejas?

—¡Que no es para mí, que es para un amigo! A ver, Piluca, eso ahora no importa. Piensa qué le pondrías a alguien que conociste una noche hace dos semanas y de quien sólo sabes su teléfono —replicó Lucas.

Su hermana pequeña, Piluca, tenía veintiún años, le adoraba y era muy lista, seguro que podría ayudarle.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué más da eso? Tadea.

—¡Tadea! ¡Como quería llamarme papá! Me gusta. Además, Patricia es muy rara. Y un coñazo. Hala, ya te lo he dicho —confesó Piluca.

—¡Si me lo has dicho siempre!

—Pues te lo hubiera dicho más. ¿Y cómo es Tadea?

—Es *ceró* coñazo, te encantaría.

Finalmente, Piluca consiguió que le contase toda la historia, estudiaron las posibilidades y tramaron un plan bastante absurdo y muy arriesgado. Pero era eso: todo o nada. Y merecía la pena. No perdió tiempo, inmediatamente lo emprendió y escribió a Tadea:

iPhone de Lucas:

¡Tadea! Soy Lucas. Hay un asunto del que me gustaría hablar contigo, se trata de Patricia. No le digas que te he escrito. ¿Podríamos quedar en algún momento?

Tardó, pero le contestó tan simpática como la recordaba y accediendo a su petición. Tuvo que aclararle que había conseguido su número hurgando en el móvil de Patricia, que ella estaba bien, que no le pasaba nada y que tampoco se trataba de organizarle una fiesta sorpresa después de la fiesta de su cumpleaños. Quedaron al día siguiente en un bar cerca de su casa.

Aquella noche apenas pegó ojo. Nunca en toda su vida había hecho algo así sólo para poder compartir un rato con una chica que ni siquiera conocía. Pero a pesar de no haber descansado mucho, se levantó lleno de energía. Estuvo todo el día en el despacho mirando la hora en el móvil. Tuvo que dar largas a Patricia para no quedar, no sé qué de un partido importantísimo que iba a ver con sus amigos. Tenía mucho trabajo y se empleó a fondo para poder llegar a la hora prevista. Su móvil volvió a sonar, era un mensaje de Tadea. Se quedó embobado mirando la pantalla, esas simpáticas letras que le recorda-

ban que había quedado con la chica de sus sueños a las ocho en La Musa de la plaza de la Paja. ¡Como si hubiera podido olvidarlo! Confirmó rápidamente, eran casi las seis y aún tenía demasiadas cosas que hacer. De todos modos, el recurso podría esperar, el plazo límite para presentarlo era el martes, se quedaría el fin de semana trabajando si fuera preciso.

—Lucas, me gustaría echar un vistazo al recurso antes de que te vayas. Está listo, ¿no? —Las palabras de Mariano, el gran jefe y presidente del despacho, le rompieron el corazón.

—¿Eh? —respondió Lucas con decisión, temblando.

—El recurso. ¿Cómo lo llevas? Es importante, tengo que darle el *OK* mañana sin falta.

Estaba claro que dentro de su immaculado traje no había espacio para el amor.

—Pues..., vaya, pensaba dártelo mañana a primera hora.

—¿Qué más da mañana a primera hora que hoy antes de que te vayas?

—Bueno, es importante, quisiera hacerlo bien y tenía previsto terminarlo esta noche en casa. —Fue lo tercero que se le ocurrió.

—Ah, bueno. Eso está bien. Ya sabía yo que tenías sangre de abogado. Me alegro de no haberme equivocado contigo, muchacho. Mándamelo por *e-mail* esta noche cuando lo termines.

Lucas afirmó tragando saliva. Seguro que Mariano notó su preocupación, por eso sonrió divertido dándole una buena palmada en el hombro (detestaba que ese chulo le tocara y el chulo parecía saberlo). Tenía un serio problema, pero por nada del mundo cancelaría su cita. Conocía muchos despachos de abogados, pero sólo una Tadea.

Gracias a jugarse la vida con la moto en cada semáforo, llegó sólo tres minutos tarde. La buscó entre todas las mesas de la terraza pero no estaba. Se sentó en la única que quedaba libre y pidió una caña. Encendió un cigarro. Repasó el

nudo de su corbata, los puños de la camisa, incluso se abrochó el traje a pesar del calor. Se terminó el cigarro y se desabrochó el traje, demasiado calor. Apuró la caña y Tadea seguía sin aparecer.

Casi las ocho y media. Le escribió. No se conectaba desde hacía más de una hora y siguió sin conectarse. ¿Se habría equivocado de sitio? Imposible.

Por fin apareció, más guapa incluso de lo que la recordaba.

—Ay, perdona el retraso, soy un desastre.

—Tranquila, si acabo de llegar. ¿De dónde vienes? ¿No vi-
vías aquí al lado? —preguntó Lucas, algo ansioso.

—Sí, ahí, pero de pronto he mirado la hora y ya era tarde.
Perdóname.

—No te preocupes, al revés, te agradezco que hayas queri-
do quedar.

—Claro, cuéntame qué pasa. ¡Estoy intrigadísima! —Pero
su intriga no le impidió levantarse a saludar a la camarera—.
¡Irene! —Y charlar un buen rato con ella.

Por fin, Tadea pidió un vino blanco y preguntó a Lucas si
quería otra caña. Él asintió. Ella se sentó, sacó un paquete de
tabaco de liar, hizo hábilmente un cigarrillo y se lo ofreció. Él
lo rechazó y ella se lo encendió. Irene trajo enseguida las con-
sumiciones, trato preferente, sin duda.

—Bueno, Lucas, tú dirás. Espero que no sea grave.

—Grave... —De sus próximas palabras dependía que hi-
ciese o no el ridículo más espantoso de su vida sentimental.
Eso sí sería grave. Procuró calmarse y elegirlas sabiamente—.
Yo también espero que no sea grave. Por eso quería quedar
contigo. Mira, no me voy a andar con rodeos: voy a dejar a
Patricia.

Tadea le miró fijamente con la boca abierta. Exageraba su
asombro.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Sí, ha pasado algo...

—¿El qué? Ella está encantada contigo, ¿no? —Parecía
preocupada.

—Es complicado. Bueno, no, en realidad es muy sencillo.

La idea era sencilla, lo complicado era ejecutarla con ella delante. Lo había ensayado con su hermana la noche anterior, sólo tenía que decirle que la dejaba porque se había enamorado de otra. Quería saber si le rompería el corazón y que ella le aconsejase para encontrar la manera de hacerle el menor daño posible. Patricia es tan sensible... Y entonces le diría que ella conocía a la persona de la que se había enamorado locamente y...

—¡Venga, cuéntame! —Tadea se impacientó, era de esperar.

—Sí, perdona, es que no sé cómo decírtelo. Pero, bueno, al grano: me temo que lo que ha pasado es... alguien. Una tercera persona que me impide seguir con Patricia. ¿Me explico?

—Ah..., vaya. ¿Y cómo te has enterado?

No se esperaba esa reacción tan natural de Tadea, incluso apurada, como si no le sorprendiese en absoluto porque ella ya lo supiese. Y Lucas comprendió el significado de su pregunta, pero tuvo que pedirle que se aclarase.

—¿Enterado de qué?

Tadea quedó desconcertada y decidió medir mejor su próxima intervención.

—Mira, Lucas, me lo pasé genial contigo el otro día, vale. Pero comprenderás que no voy a ser yo la que te diga si Patricia se ha liado con fulano o con mengano. Además, es amiga mía, pero yo no sé nada de su vida sexual.

—¿Perdona? ¿¡Que Patricia se ha liado con otro!? —gritó indignado centrando la atención de toda la terraza, al tiempo que Irene les traía más frutos secos, disculpándose por interrumpir—. ¡No me lo puedo creer! ¡No es posible! ¡Será...!

—Lucas, Lucas, Lucas, tranquilo. Que te digo que no tengo ni idea. Es lo que me has dicho tú, ¿no?

Tadea intentó convencerle de que simplemente había malinterpretado sus palabras, dando por hecho que era él quien afirmaba que Patricia le había engañado con otro. Acabó diciéndole que la creía, que vale, había sido una confusión, pero se quedó con la mosca detrás de la oreja. No veía a

Patricia capaz de hacerle algo así, estaba muy enamorada de él, pero la reacción de Tadea había sido tan elocuente... Y, además, ¿tan raro es poner unos cuernos? Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Lucas. Él podía tirar una bien lejos, había sido fiel a Patricia. Ni un desliz. Fiel. Aunque en ese momento no quería tirar una piedra: quería tirarse a una amiga suya que estaba sentada frente a él defendiendo su inocencia. Visto así..., no podía importarle lo que hiciese su novia. La cabeza le daba vueltas, casi había olvidado su propósito para esa cita.

—Así que Patricia me la pega con otro... En fin, lo que faltaba.

—Lucas, que no. De todos modos, perdóname, pero... ¡esto es surrealista! ¿Qué hago yo aquí contigo teniendo esta conversación? Si no querías decirme eso, ¿qué es lo que querías contarme?

—Ah, sí. Bueno..., eso. Era eso. Yo tenía mis sospechas, quería que...

—Lucas: para. ¿Te acuerdas de que te dije que mentías fatal? Pues no me mientas. ¿Para qué querías quedar conmigo? ¿A qué te referías con eso de una tercera persona? Si no se trata de ella..., ¿se trata de tí? ¿Hay otra?

Lo que le faltaba para ser perfecta: ¡también era muy lista! ¡La chica más lista del mundo! Lucas siempre había pensado que le gustaban las chicas listas, aunque su hermana le aclaró una vez que lo que pasaba es que las chicas que le gustaban le parecían listas. Podía ser, sí, para él era lo mismo. Se acabó la caña de un sorbo y cogió un puñado de cacahuets. Tragó, sacó otro cigarro del paquete y lo encendió.

—Eres muy lista, ¿lo sabías? Serás una gran periodista. ¿Estudias o trabajas?

Tadea se partió de risa.

—Si quieres luego hablamos de mí. Ahora aclárame qué estamos haciendo aquí tú y yo. ¿Has quedado conmigo para decirme que vas a dejar a Patricia porque hay otra? ¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Mira, Tadea: sí, voy a dejar a Patricia porque hay otra. Bueno, aún no la hay, pero ojalá la haya. Quiero decir que me gusta otra. ¿Y por qué te cuento esto a ti? Pues por dos motivos: primero porque conoces a Patricia. Y segundo porque conoces a esa otra. Eres el punto de unión perfecto entre esas dos personas. Y quiero que me digas cómo se va a tomar Patricia esto. Aunque, claro, si ella está con otro no creo que le importe una mierda.

—Entiendo... —Se recostó en el respaldo de la silla entrecerrando los ojos y ladeó la cabeza mientras se retiraba el pelo detrás de la oreja—. Pues en primer lugar: deja de decir que ella está con otro, porque los dos sabemos que no. Y en segundo: ¿quién es esa otra que te gusta más que Pati? ¿Es amiga suya? ¿No será su prima Rebeca? ¡Es aún más guapa que ella! ¿La conoces?

—No, no tengo el placer. En realidad es una amiga suya muy simpática, de tu estatura más o menos... —Respiró hondo para calmar los latidos de su corazón y elegir bien las palabras—. Con el pelo idéntico al tuyo... Son amigas... aunque ella no sabe nada de su vida sexual.

Lucas puso cara de imbécil y ella se quedó impertérrita atando cabos. Es posible que lo que le hiciera caer por fin en que la otra era ella fuese principalmente su cara de imbécil. Hubo un segundo de silencio durante el cual Lucas procuró mantener el tipo, con resultado cuestionable.

—Así que por eso querías quedar conmigo... ¡Wow, qué valiente! Lucas, no sé qué decirte. Creo que estás como una cabra. Eso para empezar.

Menos mal que ella bajó la mirada, sonrió y jugueteó con un pistacho, porque, si no, Lucas se hubiera escondido debajo de la mesa. Pero su sonrisa... Esa maravillosa sonrisa se le contagió, porque, sólo podía significar cosas buenas.

—Estoy como una cabra, en eso estamos totalmente de acuerdo. Te juro que yo me acabo de enterar ahora. Pensaba que era un tipo normal, pero está claro que ya no lo soy. Nunca en toda mi vida había hecho... lo que sea que estoy haciendo.

—Para mí esto también es nuevo. ¿Qué se supone que debo decir?

—Tranquila, lo estás haciendo muy bien. Continúa.

Rio nerviosa. Después le miró a los ojos, suspiró fuerte arqueando las cejas y se relajó otra vez.

—Que si estudio o trabajo, ¿no? Difícil respuesta, porque estoy empezando un máster en un periódico, *El Titular*. En el fondo es como currar, pero en vez de cobrar, pagas una pasta. Y encima tienes que dar las gracias, tienes que sentirte afortunada porque te den esa oportunidad. ¿Te lo puedes creer? Yo no. Ni siquiera me han cogido por ser la mejor, me han cogido porque el tipo que lo dirige es un viejo amigo de mi madre. Mi madre fue periodista, pero lo dejó por... Bueno, eso no viene al caso.

Lucas estaba muy satisfecho con su genial salida.

—Tadea... tienes un acento un poco extraño. ¿No eres de aquí?

—¡Pero si no tengo acento! Nací en Santiago de Chile y he vivido algunos años allí, pero...

—¿Eres chilena? ¡Pero si no tienes acento chileno!

—¿Po? ¡Weón, corta tu webeo! —clamó Tadea exagerando el acento chileno.

—¡Pensaba que allí hablaban castellano! —exclamó él entre carcajadas.

—*En vola igual soi voh el que no habla castellano. Valí callampa. ¡Arrugao!* —Desgraciadamente, Tadea terminó poniéndose seria—: Lucas..., creo que esto no está bien. Vale, tiene gracia la situación, pero Patricia es muy amiga mía. Y sois novios. Si se enterase de que...

—¡Por favor, no llevamos ni seis meses juntos! Mañana voy a hablar con ella y le voy a decir la verdad. Se terminó. Tadea... —Se incorporó levemente sobre la mesa y aplastó la colilla en el cenicero, aprovechando para bajar la mirada—. Lo mejor que me ha pasado con Patricia ha sido conocerte a ti. Y, por lo que sé, estas cosas no pasan todos los días.

Tadea no podía disimular que lo pasaba en grande con los esfuerzos de su interlocutor por resultar seductor.

—¿No estás exagerando un poco?

—Me gusta exagerar, es divertido. Deberías hacerlo tú también.

Sonrió. Luego resopló aturdida, apurada, indecisa. Incluso triste.

—Estas cosas no pasan todos los días, en eso también estamos de acuerdo.

—¡Genial! Con eso me conformo. Ya puedes decirme que me vaya.

Ella se quedó pensando mientras hacía rodar su cigarrillo entre los dedos.

—Pues no sé si quiero que te vayas... Y por eso mismo creo que es mejor que te vayas.

Condujo hasta casa canturreando bajo el casco cualquier canción empalagosa, feliz. Tenía que trabajar toda la noche y después dejar a su novia, que probablemente se la pegaba con otro, pero... ¿acaso no era eso la felicidad? La felicidad eran siete palabras: «No sé si quiero que te vayas». A partir de ahí podría con todo. Fácil.

Tadea

Eran casi las once de la noche. No le apetecía nada hacer esa llamada, por eso la retrasaba inconscientemente. Ni siquiera sabía qué tenía que decirle a Patricia, la revelación de Lucas había sido una locura y ella estaba completamente confundida. Sentía que aquello no tenía nada que ver con Patricia, era algo suyo. Y de Lucas. ¿Cómo negarse la ilusión que le había hecho esa confesión? Lo único que le había quitado la sonrisa había sido precisamente caer en la cuenta de que Lucas era el novio de Patricia y que su obligación era contarle todo a ella, aunque... ¿cómo decirle a su amiga que había quedado con su novio porque este quería dejarla por ella? Era demen-

cial, era imposible, la hundiría, desataría un huracán. Si realmente Lucas quería dejar a su novia, era su decisión, Tadea no quería tener nada que ver con eso. Y probablemente al final no pasase nada: Lucas no dejaría a Patricia y se olvidaría de aquella charla en La Latina con Tadea. Eso sería, además, lo mejor para todos. Aunque... qué pena, ¿no? Bueno, mejor sentir esa pena por lo que pudo haber sido y no fue que el miedo que le producía cualquier otra opción. ¿O no?

Estaba hecha un lío y necesitaba saber a qué atenerse. Por eso decidió hacer una llamada, pero no a su amiga, sino al novio de su amiga. Marcó su número sabiendo que con esa decisión marcaba mucho más que un simple número.

—¡Tadea, qué ilusión!

—Lucas, estoy preocupada. Me has metido en un lío.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada.

—Lo estoy haciendo desde el momento que no he llamado a Patricia para contarle lo que ha pasado hoy. Y si no la he llamado es porque no me veo capaz de darle ese disgusto.

—Lucas permaneció callado al otro lado del teléfono—. Y lo he pensado: yo no quiero decirle nada, pero si se entera de que hemos quedado y de que me has contado...

—Tadea: si tú no se lo dices, no se va a enterar.

Eso era exactamente lo que buscaba, por eso ahora era ella la que tardaba en responder.

—Odio que la situación sea así, Lucas... ¿Tú qué crees que debería hacer?

—Nada. No hagas nada. Yo te prometo que nunca le diré que hemos quedado hoy, ni que te he contado nada. No te preocupes, Tad, de verdad.

Le gustó ese diminutivo que sólo usaba su padre con ella.

—¿Seguro? —preguntó mordiéndose una uña.

Lucas respondió con firmeza:

—Me encanta compartir un secreto contigo. Y no sabes las ganas que tengo de demostrarte que puedes confiar en mí.

Ella resopló alucinada.

—Lucas: estás loco.

—Por ti.

—Pero como una cabra... ¿De verdad vas a dejar a Patricia?

—Llevaba tiempo pensándolo. Tú me has sacado de dudas. Aquella noche, Tadea durmió sonriendo.

Lucas

Estuvo hasta las cinco de la mañana con el maldito recurso, durmió lo justo, fue al despacho y quedó con Patricia para comer en una terraza cerca de la casa de ella, dispuesto a dejarla definitivamente. No fue fácil, su novia estaba de muy buen humor, incluso más cariñosa de lo normal. No quería estropearle el día, pero sí quería hacer las cosas bien, se lo había prometido a Tadea.

—Mira, Lucas, prueba los raviolis. ¡Te van a encantar!

Le acercó su tenedor a la boca, y él supo que aquella sería la última vez que le acercaría su tenedor a la boca. Pero el ravioli tenía muy buena pinta, no lo rechazó.

—A que están ricos ¿eh? ¿De qué eran?, ¿setas? —Buscó la carta para comprobarlo, pero se la había llevado el camarero—. ¡Ay, de qué eran!

—Patricia... —la interrumpió aún masticando—. ¿Es posible que te hayas liado con otro este verano en Sotogrande?

La cara de ella se transformó de golpe, reflejando pánico; no hizo falta que confesase, era verdad. Lo primero que sintió fue cierta satisfacción porque, pese a los intentos de Tadea por ocultárselo cuando se lo insinuó accidentalmente, él no la había creído del todo. Y eso sin apenas conocerla, de modo que sólo podía significar que era su alma gemela. No es que se creyese muy listo, era mucho mejor que eso: se sentía un paso más cerca de Tadea. Por eso sonreía de puro contento mientras Patricia intentaba torpemente negar los hechos. Y a ella le pareció que se reía de ella, que le hacía gracia su lamentable actuación.

—Pero ¿se puede saber de qué te ríes? ¡Que te estoy diciendo la verdad! —protestó Patricia.

—Ya, ya. Perdona, es que me he acordado de una tonte-ría. Te escucho.

Patricia alucinaba, pero reanudó sus explicaciones. Y Lucas seguía sonriendo lejos de allí, porque le gustaba mucho sentirse un paso más cerca de Tadea. Incluso tenía una excusa para llamarla y charlar con ella, si es que no le llamaba ella antes... Pero Patricia empezó a sufrir, y tampoco quería que sufriese. Estaba claro que la había cagado, que no quería haberla cagado y que lo negaría hasta la muerte porque quería estar con él. También le importaba mucho que le confesase quién le había dicho semejante mentira. Seguramente ya estaba sospechando de alguien a quien quería matar. ¿Estaría pensando ella también en Tadea?

—Patricia, tranquila, nadie me ha dicho nada. Simplemente me ha llegado ese rumor y te lo he comentado, nada más. Olvídalo.

—¡Pero es que es mentira! ¡Tienes que creerme, Lucas! ¿¡Quién coño te ha dicho nada!?! —Para que Patricia dijese un taco tenía que estar muy enfadada.

—Mira..., desgraciadamente no importa mucho que sea mentira o verdad. —El rostro de ella aumentó un grado más en la escala del pánico, ya no entendía nada—. Patricia: no tiene nada que ver con eso, créeme, pero no puedo estar contigo. No sé si tú me has engañado a mí, pero yo no pienso engañarte... —Vaciló, le hubiera gustado ser más duro, como en las películas, pero tardó bastante en decirlo y quizá si lo hizo fue porque no supo rectificar o inventarse otra cosa, pero lo soltó—: Me gusta... otra.

Todavía recuerda la patética descomposición de la cara de la que no sería más su novia. Cómo cada uno de sus músculos caían de asombro al enfrentarse a lo desconocido. Patricia nunca había escuchado algo así y por muy insegura que fuera no entraba en sus planes escucharlo, ni en los de nadie. A veces, Lucas aún piensa que todo em-

pezó en ese momento, que el universo no estaba preparado para que Patricia escuchase semejante osadía en boca de su novio.

Como era de esperar, a partir de ahí cambió la naturaleza de la conversación: ella ya no era la falsa víctima de una tercera persona que quería separarla de su Lucas, sino la auténtica víctima de alguien que ya no era su Lucas, sino un maldito hijo de puta rastro que se inventaba excusas para dejarla cuando el único traidor era él. De nada sirvió intentar razonar, explicarle que hacía tiempo que su relación no tenía ningún sentido, que él no había hecho absolutamente nada con esa otra, que precisamente quería hacer las cosas bien, porque la respetaba, por el bien de los dos. Por supuesto, tal y como Lucas había previsto, Patricia quiso saber entre lágrimas y balbuceos quién era esa pedazo de guarra que tanto le gustaba.

—Tadea. Tu amiga Tadea.

Ese ya fue el golpe definitivo. Durante la siguiente media hora, pasó por distintas fases:

Incredulidad:

—Es una broma, lógicamente, porque no la conoces.

Ira:

—Eres el mayor cabrón que me he cruzado en mi vida.

Celos:

—Tadea es la mayor zorra que me he cruzado en mi vida.

Resignación:

—En el fondo hacéis buena pareja: el cabrón y la zorra.

Pegáis.

Compasión:

—¡No me hagáis esto, Lucas! ¡No podéis hacerme esto!

Y, finalmente, venganza: se levantó con toda la dignidad que pudo, se secó las lágrimas y antes de irse le apuntó:

—Mira, Lucas: tú jamás te liarás con Tadea, pero te aseguro que yo sí me he liado con otro este verano. Y estuvo mucho mejor que tú.

Lucas imaginó que Tadea no tardaría ni media hora en

llamarle insultándole, puesto que Patricia estaría en ese momento insultándola a ella. Pero su móvil no sonó.

Tadea

«Lucas te traerá problemas.»

Era bastante... atractivo. No, no era bastante atractivo, era un tío diez: guapísimo, fuerte, con esos ojazos tan azules, ese pelazo brillante como la miel, pero no paraba de repetirse que no. Era muy tenaz y no debería suponerle el menor problema evitarle. Respetaba a Patricia, es más, la quería. Conocía bien su lado más frágil precisamente porque, con Tadea, Patricia podía ser ella misma, mostrarle todas sus inseguridades y complejos, esos que nadie se imaginaba que pudiera tener. La quería porque sabía que Patricia, que no quería a mucha gente, a ella sí la quería. Y estaba segura de que después de todo Lucas no iba a dejarla, era un farol como una catedral. Además estaba Jaime, que era un encanto, objetivamente perfecto, y parecía bastante pillado por ella. Y a ella le gustaba estar con él. No parecía el hombre de sus sueños, aunque, quién sabe, a lo mejor... Sonó su móvil. Era Patricia, tocaba hacer como si nada:

—¡Pati!

—Tadea. —No solía llamarla Tadea, pero sobre todo no solía temblarle la voz—. Dime la verdad: ¿qué ha pasado con Lucas?

—¿Qué ha pasado? —contestó algo sorprendida y realmente asustada.

—Me acaba de dejar y dice que es porque le gustas tú. ¿Cómo es posible? Si no os habéis vuelto a ver, ¿no?

Tadea estaba casi tan nerviosa como Patricia, y desde luego alucinaba con Lucas, no esperaba que pudiera ser tan... ¿sincero? Pero confiaba en él y tenía muy claro lo que tenía que decir, porque era muy sencillo: nada.

—Claro que no, Pati, no sé nada de él. ¿¡Que te ha dicho qué!?

—Que le gustas tú. Tal cual. Pero por algún motivo se ha enterado de que me lie con Marc este verano y yo creo que lo único que quiere es hacerme daño. Pero es que... ¡Lucas no es así, no es tan cabrón!

Patricia, que estaba a punto, rompió a llorar y Tadea siguió con la boca abierta. Que Lucas hubiese largado lo de la infidelidad de Patricia no le hizo gracia, aunque, si no la mezcló a ella en el asunto, tampoco podría reprochárselo.

—¿Y cómo se habrá enterado de lo de Marc?

—No lo sé, sólo lo sospechaba. Pero es igual, me he vuelto loca y se lo he acabado confirmando yo. Si al menos me dejase por eso podría convencerle de que no fue nada, pero... ¿qué puedo decirle cuando él mismo me confiesa que le gustas tú? ¿Será verdad? ¿Es posible? ¡Si no os conocéis, joder! —Tadea permanecía en silencio, como mucho, resoplaba de vez en cuando—. ¿Tadea? ¿Soto, estás ahí?

—Sí, es que no doy crédito a lo que me estás contando... ¿Que te ha dicho que le gusto yo? Te juro que no tengo nada que ver con eso, Pati, no tengo ni idea de qué pretende con esa chorrada.

—Joderme, Soto, y lo está consiguiendo. A lo mejor era una patraña para dejarme sin decirme por qué sabe lo de Marc. O para que se lo confesase del todo. Pero, si es eso, no sé por qué tiene que hacerlo todo tan rebuscado. ¡Joder, por qué coño me tiene que gustar un tío tan raro!

Tadea seguía boquiabierta. ¿Era posible que Lucas estuviese enamorado de ella? ¿Tanto y tan rápido? ¿Y que fuese tan sincero con las dos? Era tan poco común que pensó que era imposible.

—Sí que es raro, Pati...

—De todos modos, Soto, si es verdad lo de que le gustas, prométeme que...

—¡No digas chorradas!

—No es ninguna chorrada: ¡prométemelo!

—Te lo prometo.

—Nunca me hagas eso, Soto, nunca.

—Nunca, Pati.
—Gracias. Confío en ti.
«Lucas te traerá problemas.»

Lucas

Le mataba la curiosidad. No, ya era ansiedad. Había dejado a su novia porque le gustaba una amiga suya. Una amiga suya que necesariamente se había enterado de todo. ¿Cómo es que no sabía nada de ella? ¿Cómo no le escribía ni siquiera un mensaje diciéndole algo, lo que fuera? ¿Estaría enfadada? ¿Le importaba una mierda? Como es lógico, a cada minuto imaginaba una respuesta diferente. Llegó a pensar que Patricia le habría contado cualquier cosa con el objetivo de alejarla de él: que era un expresidiario sidoso condenado por terrorismo, o pederastia, o las dos cosas. En ocasiones estaba convencido de que Tadea le amaba con locura, y que estaba esperando a que la escribiese él. También temió que hubiera tenido que irse a vivir muy lejos, a Chile, por algún asunto familiar. Lo único que le unía a ella era el WhatsApp: releía la breve conversación, miraba su última conexión y, cuando la veía *en línea*, estaba convencido de que ella estaba haciendo lo mismo que él: espiarle a través de la pantalla del móvil.

Hasta que un día pasó algo maravilloso: de pronto, las letras *en línea* se transformaron en *escribiendo*. ¡Tadea le estaba escribiendo! Se desconectó corriendo y resopló varias veces. Y esperó. Esperó mucho. ¡Estaba escribiendo algo larguísimo! ¡Era formidable!

Pero el mensaje no llegaba. En cuanto sonaba ese inconfundible tono en el móvil corría como un loco a comprobar que, desgraciadamente, no era ella quien le había escrito. Nunca llegó nada de Tadea. Sin embargo, una cosa estaba clara: le había empezado a escribir algo que finalmente, por algún motivo, decidió no enviar. Así lo había dicho WhatsApp. Y sin duda fue algo muy bueno, pero no sabía cómo

aprovecharlo. Obviamente nunca podría reconocerle que había visto cómo empezó a escribirle algo porque se pasaba la vida mirando su estado en el WhatsApp. No sabía qué hacer y no hizo nada.

Una tarde, su hermana Piluca, que estaba al tanto de todo, irrumpió en su habitación.

—Vamos a bajar a tomar algo. He quedado en dos horas pero no aguanto más en casa.

—¿Adónde quieres ir?

—¡Qué más da! ¿Es que hoy tampoco vas a salir de casa? ¡Es viernes!

Fueron a la terraza habitual de debajo de su casa suponiendo que el plan sería el de siempre: tomar una cerveza, sostener un pitillo, mirar a la gente pasar, tener una conversación intrascendente y volver a casa. Pero no.

—A ver, ¿qué pretendes? —inquirió su hermana según se sentaron, antes incluso de encender un cigarrillo.

—Nada, Piluca, nada.

—Genial. Vas a estar el resto de tu vida así, amargado sin hacer nada. —Puso cara de estar amargada sin hacer nada. Y acto seguido encendió un cigarrillo.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Algo, Lucas, algo! Qué más da lo que hagas, ¡haz algo!

Le gustaron sus palabras. Y también sus ojillos verdes tan llenos de toda la determinación que él necesitaba. Todo el mundo debería tener una hermana como la suya, pensó, tendría que ser un derecho fundamental o, por lo menos, constitucional. Dio un golpe sobre la mesa.

—¡Tienes razón! ¿Pido unas cervezas?

—Para empezar.

Durante la hora siguiente, Piluca le convenció de que tenía que moverse, concretamente a la puerta del edificio donde Tadea estudiaba el máster, a esperarla a la salida, a las nueve. Lo habían buscado todo en Internet.